

Antonio VIÑAO FRAGO, *Por una historia de la cultura escrita: observaciones y reflexiones*, "SIGNO. Revista de Historia de la Cultura Escrita" 3 (1996) Universidad de Alcalá de Henares, pp. 41-68.

## POR UNA HISTORIA DE LA CULTURA ESCRITA: OBSERVACIONES Y REFLEXIONES<sup>1</sup>

Antonio Viñao Frago  
Universidad de Murcia

Dos han sido, en síntesis, los enfoques tradicionales en relación con la historia de la escritura. Uno procedía de la consideración de la paleografía como el "arte de leer la escritura y signos de los documentos antiguos".<sup>2</sup> El otro de la misma historia y tipología de las diferentes escrituras conocidas.

El objetivo de la paleografía, como disciplina auxiliar de la historia, se limitaba al desciframiento, lectura y comprensión literal de aquellos textos en los que tales operaciones precisaban, por causa de la escritura y de quienes leían, un adiestramiento y saber específicos. Dicho objetivo implicaba el análisis de los distintos tipos de signos gráficos y de sus soportes, así como de su tipología, evolución, préstamos e influencias de unos en otros. Con ello se facilitaba, además, la datación de los documentos, la crítica de las fuentes en cuanto tales y la determinación, en ocasiones, de su autoría, procedencia y autenticidad.<sup>3</sup>

La historia de la escritura, por su parte, ha producido "obras muy hermosas y bien documentadas" sobre sus precedentes, orígenes, sistemas, tipologías, evolución, difusión, influencias, utillaje, técnicas, soportes, etc. Sin embargo, se dice en ellas

---

<sup>1</sup> Este texto sirvió de base para la exposición oral de la ponencia del mismo título presentada en el V Encuentro Nacional de Historia de la Educación en México, celebrado en Puebla (México) del 23 al 26 de noviembre de 1994.

<sup>2</sup> Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid 1984, 20ª ed., p. 998.

<sup>3</sup> Para una revisión histórica del concepto, objeto y método de la paleografía en España, como disciplina auxiliar, y las propuestas para su conversión en historia sociocultural de la cultura escrita, véase Francisco GIMENO BLAY, *Las llamadas ciencias auxiliares de la historia ¿errónea interpretación? (Consideraciones sobre el método de investigación en paleografía)*, Institución "Fernando el Católico", Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza 1986.

"demasiado poco sobre lo que significaban esos sistemas para las culturas que los usaban. Todavía hay que hacer por completo una historia social de la escritura".<sup>4</sup> Hasta fechas recientes la historia de la escritura ha sido una historia descriptiva, desgajada de los contextos sociales en que ésta era producida y utilizada, y escasamente atenta a la variedad de sus usos y funciones. Junto, además, con la paleografía dirigía con preferencia su atención a los escritos emanados del poder político y religioso, dejando a un lado los de índole privada, cotidiana o marginal.

En las últimas décadas se han producido, sin embargo, profundos cambios en ambos campos de investigación. Una corriente, cada vez más influyente, de la paleografía postula su conversión en "una renovada disciplina que se plantea el estudio global de la historia de los usos y prácticas de lo escrito".<sup>5</sup> La

"presentación en sociedad de esta nueva Paleografía,...., tuvo su primer acto importante en 1977 con la celebración del seminario sobre **Alfabetismo e cultura scritta** y la publicación del primer número de la revista **Scrittura e Civiltà**, dirigida por los paleógrafos Guglielmo Cavallo, Armando Petrucci y Alessandro Pratesi".<sup>6</sup>

En cuanto a la historia de la escritura, ya a principios de la década de los 80, como premonitoriamente anunciaba Giorgio R. Cardona, "los tiempos" estaban "maduros" para el nacimiento de "una especialización" que tuviera "por objeto los aspectos antropológicos y sociológicos del uso de los sistemas de comunicación gráfica".<sup>7</sup> Pocas veces una premonición ha tenido tan satisfactorio cumplimiento. La floración de estudios y líneas de investigación abiertas en este campo en los últimos años es tal que su exposición rebasa los límites de este trabajo, sin que sus referencias bibliográficas puedan proporcionar una idea siquiera aproximada de dicho desarrollo.<sup>8</sup>

La historia social de la cultura escrita no es ni puede ser, además, un campo acotado por unos investigadores determinados. Nace con vocación interdisciplinar. Todos los que la abordan saben, vengan de donde vengan, sea cual sea su formación,

<sup>4</sup> Giorgio R. CARDONA, *Antropología de la escritura*, Gedisa, Barcelona 1994, p. 9 (1ª edición en italiano de 1981).

<sup>5</sup> Antonio CASTILLO GÓMEZ y Carlos SÁEZ, *Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre la historia social de la cultura escrita*, "Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita", 1 (1994) pp. 133-168 (cita en p. 133).

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 154. Para una casi exhaustiva exposición de esta nueva paleografía y de sus recientes aportaciones remito a este artículo de Antonio CASTILLO y Carlos SÁEZ, así como al de Armando PETRUCCI sobre *Storia della scrittura e della società*, "Alfabetismo e Cultura Scritta", nueva serie, 2 (1989) pp. 47-63. Tal y como se indica en el primero de ellos, el "principal representante español" de "esta línea de investigación" que tanto predicamento tiene en Italia es Francisco Gimeno Blay (p. 160).

<sup>7</sup> Giorgio R. CARDONA, *Antropología de la escritura*, op. cit., p. 9.

<sup>8</sup> En relación con España -con algunas referencias a trabajos y equipos de investigación de Francia e Italia-, y hasta 1992, remito a lo dicho en Antonio VIÑAO, *Analfabetismo y alfabetización*, en Jean-Louis GUEREÑA, Julio RUIZ BERRIO y Alejandro TIANA FERRER (eds.), *Historia de la educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia y C.I.D.E., Madrid 1994, pp. 23-50.

que precisan incorporar conocimientos y estudios generados desde varios campos académicos e institucionales. Que su aportación es necesariamente parcial e incompleta. Que, en definitiva, la historia de la cultura escrita requiere el concurso de filólogos, lingüistas, epigrafistas, paleógrafos, sociólogos, pedagogos, psicólogos, antropólogos e historiadores socio-culturales, de la literatura o de la educación, entre otros.<sup>9</sup> Es desde esta perspectiva desde la que hay que entender las páginas que siguen. En ellas trato, con más o menos detalle, una serie de cuestiones de esta historia de la cultura escrita que estimo fundamentales para su articulación y desarrollo. No son las únicas, sin duda, pero sí son inevitables en cualquier análisis histórico de lo escrito.<sup>10</sup>

### Oralidad y escritura.

Quizás sorprenda traer a colación la oralidad cuando de lo que hay que hablar es de la cultura escrita. Tanto análisis sobre las diferencias y similitudes entre lo oral y lo escrito desde Platón a, por ejemplo, Akinnaso pasando por Pedro de Navarra,<sup>11</sup> han hecho que el acento se pusiera más en la comparación y el contraste entre dos mundos separados y autónomos, cuando no opuestos, que en las interacciones, préstamos e influencias entre ellos o en su posición y relaciones en una sociedad determinada.

---

<sup>9</sup> La simple lectura de un reciente repertorio de investigadores franceses -con un reducido anexo europeo- sobre la lectura, la escritura y el libro (*Repertoire de la recherche sur le livre, la lecture et l'écriture*, Centre Georges Pompidou, Bibliothèque publique d'information, París, 1994) muestra la diversidad de sus campos académicos y formación intelectual. Allí coinciden profesionales de la antropología, lingüística, ciencias de la educación, historia, psicología, sociología, bibliología, literatura, biblioteconomía, animación a la lectura e información y comunicación.

<sup>10</sup> El lector o lectora interesados en obtener una panorámica general, casi exhaustiva, de las cuestiones a tratar en una historia de la cultura escrita pueden consultar los trabajos de Armando PETRUCCI, *Per la storia dell'analfabetismo e della cultura scritta; metodo-materiali-quesiti*, "Quaderni Storici", 38 (1978) pp. 451-465, y *Storia della scrittura e storia della società*, op. cit., Attilio BARTOLI LANGELI, Giorgio R. CARDONA y Armando PETRUCCI, *Alfabetismo e cultura scritta in un gruppo sociale dato. Modello (perfettibile) di referimento per la raccolta e la sistemazione delle informazioni*, "Alfabetismo e Cultura Scritta", (diciembre 1980) pp. 21-30, y Roger CHARTIER, *Les pratiques de l'écrit dans les sociétés traditionnelles (XVIIe-XIXe siècles). Présentation d'enquête*, "Alfabetismo e Cultura Scritta", (junio 1985) pp. 20-26.

<sup>11</sup> Los párrafos dedicados por Platón a esta cuestión (*Fedro*, 274-276) son ya un tópico de referencia obligada que ha suscitado innumerables comentarios e incluso algún libro (Emilio LLEDÓ, *El curso del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Crítica, Barcelona 1992). En los otros dos casos se trata de los trabajos u obras de F. Niyi AKINNASO, *On the differences between spoken and written language*, "Language and Speech", 25-2 (1982) pp. 97-125, y *On the similarities between spoken and written language*, "Language and Speech", 28-4 (1985) pp. 323-359, y Pedro de NAVARRA, *Dialogos de la diferencia del hablar al escribir (materia harto sutil y notable)*, Tolosa, Jacobo Calomerio, s.f., pero hacia 1560.

Si es cierto -y lo es- que "la escritura nunca puede prescindir de la oralidad",<sup>12</sup> como también lo es que en todo texto resuena siempre otro texto -inter-textualidad- que lleva a la vez consigo, incorporadas, huellas de lo real -contextualidad-, desde una perspectiva histórico-antropológica la cuestión de las relaciones entre oralidad y escritura debe ser contemplada como un proceso de ganancias y pérdidas, de cambios, transformaciones y consecuencias que afectan a ambos modos de expresión y pensamiento. Ello no impide tener en cuenta sus diferencias y similitudes; exige, por el contrario, profundizar en las mismas. Pero no desde su confrontación atemporal como opuestos separados y autónomos, sino desde el análisis histórico de sus relaciones y posición en contextos de uso específicos. Un análisis sobre los procesos y consecuencias originadas, en una sociedad concreta, por la introducción y difusión de la escritura.

La introducción y difusión de lo escrito nunca supone el paso "de la oralidad a las letras sino, más bien, de la oralidad a una combinación de letras y oralidad".<sup>13</sup> Dicha combinación cancela, por supuesto, la oralidad *primaria* -aquella sin contacto alguno con la escritura-, y abre paso, más o menos sucesivo, más o menos discontinuo, a otros dos tipos de oralidad. La oralidad *mixta*, "cuando la influencia de lo escrito sigue siendo externa, parcial y con retraso"; es decir, cuando la preeminencia social y cultural sigue correspondiendo a los modos de expresión y pensamiento orales, al mundo oral. Y la oralidad *segunda*, "cuando se constituye a partir de la escritura dentro de un entorno en el que ésta tiende a debilitar los valores de la voz en el uso y en lo imaginario"; es decir, cuando la cultura escrita pasa a ocupar una posición social y cultural preeminente y deprecia, desplaza o desvirtua los modos de pensamiento y expresión orales.<sup>14</sup>

Esta transición es, pues, un proceso de ganancias y pérdidas. Poner el acento sobre los cambios cognitivos que supuso la alfabetización sin más o la introducción y difusión social de la escritura, el alfabeto o la imprenta significa atender no sólo a las posibilidades mentales y modos de expresión y comunicación abiertos por tales invenciones, sino también a las posibilidades mentales y modos de expresión y comunicación devaluados y cancelados por y desde la dominante cultura escrita. Una historia de la mente humana como producto social atenta sólo al primer aspecto, a la "revolución cognoscitiva" que produjo "la posibilidad de manipular un determinado

<sup>12</sup> Walter J. ONG, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, p. 17 (1ª edición en inglés de 1982). Sobre las relaciones entre oralidad y escritura, en general, remito a mis trabajos *Alfabetización y alfabetizaciones*, en Agustín ESCOLANO (coord.), *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1992, pp. 385-410, y *Oralidad y escritura. Las paradojas de la alfabetización*, en *La Comunidad de Madrid por la alfabetización*, Comunidad de Madrid, Consejería de Educación, Madrid 1990, pp. 31-45.

<sup>13</sup> Kieran EGAN, *La comprensión de la realidad en la educación infantil y primaria*, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia y Morata, Madrid 1991, p. 84 (1ª edición en inglés de 1988).

<sup>14</sup> Paul ZUMTHOR, *La letra y la voz. De la "literatura" medieval*, Cátedra, Madrid 1989 (1ª edición en francés de 1987).

contenido en los planos del espacio visual... y del tiempo",<sup>15</sup> con todo lo fértil e interesante que pueda ser -y sin duda lo es-<sup>16</sup> quedaría incompleta. Precisa ser ampliada con el análisis de la progresiva devaluación y pérdida de los modos de expresión propios y preeminentes en las culturas orales primarias o mixtas, según la terminología antes mencionada. ¿De qué modos se trata? De aquellos que aunando utilidad y estética, necesidad y virtud, constituían las estrategias e instrumentos que facilitaban el almacenamiento del saber, su recuperación, transmisión y expresión en contextos de uso específicos. Es decir, el recurso, como modos de pensamiento y expresión habituales, a las rimas, al ritmo y a la música, a las danzas y movimientos, a las fórmulas y clichés, a los proverbios y dichos, a las narraciones y relatos, a las metáforas y tropos poéticos, a la implicación emocional, afectiva y corporal, a los opuestos binarios o pares de contrastes, a las imágenes sensoriales, a lo que se ha dado en llamar, en suma, el pensamiento poético y el mundo de la voz y del oído.<sup>17</sup>

Este proceso de depreciación y pérdida de tales modos de expresión y aprehensión de lo real se ha producido como consecuencia, unas veces, de su devaluación; otras, de su apropiación y desnaturalización desde la cultura escrita; otras, de su confinamiento; y otras, por último, por la combinación de todos o algunos de los aspectos citados. Dos escenas bien conocidas de el **Quijote** -un libro escrito en un período de plena floración literaria, unos 150 años después de la aparición de la imprenta- nos proporcionan dos claros ejemplos de depreciación de lo oral por la escrito. Pueden servirnos también para analizar dicho proceso. En la primera de ellas (capítulo XX de la primera parte) D. Quijote interrumpe la narración que Sancho estaba efectuando de un cuento y le reprocha que no lo cuente como lo haría "un hombre de entendimiento" -es decir, de un modo lineal, a la manera de un relato escrito- sino con ese estilo formulario, aditivo, agregativo, redundante y prolijo característico del pensamiento y expresión del mundo oral, del mundo -ya en aquel momento- de los analfabetos.<sup>18</sup> En la segunda escena (capítulo XLIII de la segunda parte) D. Quijote efectúa un nuevo reproche a Sancho, pero, en este caso, en relación con el uso, caricaturizado, que este último hace los refranes. Sancho los ensarta e hilvana. Cuando habla -o sea, cuando piensa- le "vienen juntos a la boca", pugnando "unos con otros" por salir. Para D. Quijote, por el contrario, el refrán sólo tiene

---

<sup>15</sup> Giorgio R. CARDONA, *Antropología de la escritura*, op. cit., p. 133.

<sup>16</sup> Ahí están, por ejemplo, los ya clásicos trabajos de Jack GOODY y Ian WATT, *The consequences of literacy*, en Jack GOODY (ed.), *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge University Press, Cambridge 1968, pp. 27-68, y *La domesticación del pensamiento salvaje*, Akal, Madrid 1985 (1ª edición en inglés de 1977), A. R. LURIA, *Desarrollo histórico de los procesos cognitivos*, Akal, Madrid 1987 (1ª edición en ruso de 1974), Eric A. HAVELOCK, *The Origins of Western Literacy*, The Ontario Institute for Studies in Education, Ontario 1976, y Walter J. ONG, *Oralidad y escritura...*, op. cit.

<sup>17</sup> Para una excelente síntesis sobre estos "bonnes à penser" -como los denomina- orales y la necesidad de su recuperación en los ámbitos escolar y social, véase Kieran EGAN, *La comprensión de la realidad...*, op. cit., en especial pp. 54-92, así como Gabriel JANER MANILA, *Pedagogía de la imaginación poética*, Aliorna, Barcelona 1989.

<sup>18</sup> Sobre dichas características, véase Walter J. ONG, *Oralidad y escritura...*, op. cit., pp. 43-47.

sentido como máxima o proverbio aislado a utilizar con fines didácticos, ilustrativos o morales. El uso popular -no culto- que Sancho hace de ellos -un uso del que el mismo D. Quijote se reconoce incapaz- es calificado de "plática desmayada y baja"; un modo de hablar -como ya sucedía con el de contar cuentos- propio de las personas de baja condición social; un modo incorrecto, para la cultura escrita, que definía negativamente a quien lo utilizaba.

En esta segunda escena, la de los refranes, además de su devaluación como medio de recuerdo que se anuda, teje y entreteje, trayendo a la memoria unos con otros, según las circunstancias, lo que se observa también es su apropiación desde la cultura escrita y conversión, previa desnaturalización, en sentencia o máxima aislada con fines didácticos, morales o, como mucho, retóricos. Como ha mostrado Maxime Chevalier, en un documentado y sagaz trabajo, no todas las formas orales tradicionales experimentaron simultáneamente y del mismo modo ese proceso de devaluación en la España del Siglo de Oro.<sup>19</sup> Tanto el cuento como el proverbio y el romance sufrieron una pérdida de su valor y estima social durante los siglos XVI y XVII. Entre los escritores y el público culto pasaron a ser tenidos por formas de expresión propias del vulgo. Así, por ejemplo, el cuento sólo fue incorporado al teatro, y excepcionalmente, a través de la figura del "gracioso" -criado o doncella-. Calificados de "cuentos", "patrañas" o "consejas" de "viejas", fueron abandonados por unos y otros y considerados formas de expresión grosera y trivial propias de analfabetos, semiletrados y niños. Con el proverbio o refrán sucedió algo diferente. Considerado, según el caso, como axioma y expresión condensada de lo veraz, de un antiguo saber o filosofía natural a modo de verdad universal y eterna, fue a menudo objeto de admiración. La casi generalidad de los autores de la época muestran una familiaridad y conocimiento de los mismos pareja con la dignidad que le confieren. Pero dicha dignidad era mantenida a costa de su apropiación desde la cultura escrita; una apropiación que desvirtuaba su finalidad y usos originales. En primer lugar, entre la masa general de refranes se hace una selección. Hay refranes vulgares y refranes selectos. Estos últimos, además, son utilizados de modo aislado, como máximas o sentencias morales y de prudencia. Su reutilización desde estrategias discursivas y mentales diferentes fue el precio a pagar por su aceptación. El romance, por su parte, siguió la misma suerte que el cuento. Al desconocerse sus raíces épicas, nunca gozó del favor de los escritores y del público culto; incluso fue objeto de mofa y chanza. En síntesis, estas tres formas tradicionales, nacidas en el medio oral, fueron confinadas como medios de expresión del vulgo, vistas con reticencias y reservas y en ocasiones desvirtuadas para su reutilización por quienes habían hecho de la cultura escrita un signo de distinción social y cultural.

Este proceso de distinción y deslinde, como forma de dominación y preeminencia, no significa separación ni incomunicabilidad. Tampoco agota esa

---

<sup>19</sup> Maxime CHEVALIER, *Conte, proverbe, romance: trois formes traditionnelles en question au Siècle d'Or*, "Bulletin Hispanique", 95-1 (1993) pp. 237-264.

combinación de letras y oralidad, a la que antes aludí, propia de las sociedades de oralidad "mixta" o "segunda". Simplemente implica el paso desde una a otra. Una vez que lo oral y lo escrito coexisten, nunca ya más serán campos autónomos. Es justamente en esta combinación -interacción, intersección- donde la historia de la cultura escrita ofrece perspectivas que suponen un profundo replanteamiento de la noción de textualidad.

La historia de esa combinación es la historia de la retórica, de la oratoria, de los rasgos o huellas de oralidad en lo escrito y de textualidad en lo oral, de la lectura en cuanto sonorización de signos gráficos, de la génesis y afirmación de los grafolectos con sus diccionarios y gramáticas, y sobre todo, entre otros aspectos, de los modos de interpretación de los textos escritos, es decir, de las relaciones entre textos y contextos.

Todo texto requiere ser interpretado. También las expresiones orales. Pero así como esta últimas sólo pueden ser interpretadas en el contexto en el que son emitidas -situación, personas, estados de ánimo, lenguaje corporal, silencios, tonalidades, interacción viva y siempre participativa, posiciones en el espacio y en el tiempo, entorno físico, etc.-, con los textos sucede justamente lo contrario: por su naturaleza, sólo pueden ser interpretados en contextos diferentes a aquellos en que fueron producidos. Todo intento de repetición de una expresión oral se convierte en otra expresión oral. Aún en el supuesto, improbable, de una repetición exacta, palabra por palabra, se establece un nuevo e irrepitible contexto que afecta incluso a la misma expresión.<sup>20</sup> De ahí que, en un sentido estricto, sólo sea interpretable en el momento en que es emitida. O, si se prefiere, que su repetición es siempre una interpretación asimismo, por su fugacidad, no recuperable. Todo depende de la amplitud que se dé al término interpretación.

Los textos escritos, se dice, nacen sin embargo libres de contexto. Lo que se quiere decir con ello, en principio, es que son producidos sin la presencia viva y participativa del lector. Todo texto remite a un contexto. Pero en lo que al lector se refiere ese contexto ha de ser imaginado. También, además, lo que se está diciendo es que esa relativa descontextualización, producto de su permanencia estable y recuperación en otros espacios y tiempos diferentes a aquellos en que vieron la luz, es la que facilita y exige su recuperación textual, revisión y exégesis. Es en este sentido en el que puede afirmarse que la hermenéutica nace con los textos y queda circunscrita a ellos. Es esa posibilidad de revisión, de volver siempre aparentemente al mismo texto, la que convierte su interpretación en un estudio científico, formalizado, que requiere el aprendizaje y recurso a una serie de estrategias y técnicas.<sup>21</sup> La desaparición de los elementos contextuales -como en las expresiones orales-, junto con la posibilidad de descubrir sus huellas -a diferencia de ellas-, incorporadas ahí

---

<sup>20</sup> Walter J. ONG, *Before textuality: Orality and interpretation*, "Oral Tradition", 3-3 (1988) pp. 259-269 -en especial p. 260-.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 261.

para siempre, de un modo físico y estable, en palabras que ya no son sonidos sino cosas, es lo que hace que los textos estén inexorablemente llamados a ser interpretados. Que toda lectura sea una interpretación. Una interpretación que se realiza desde un contexto diferente, por un lector real que ya no puede intervenir, en interacción viva, en el proceso de producción textual, pero que da vida al texto en cada particular e irrepetible recepción y apropiación del mismo.

La peculiar relación entre texto y contextos -el de producción, que incluye no sólo el del autor sino también el de los editores, impresores, libreros, etc., y los de las diferentes recepciones-, ha sido enturbiada, y a la vez clarificada, por dos enfoques que, desde posiciones diferentes, han venido bien a negar la posibilidad de recuperar los contextos iniciales de producción, bien a relegarlos en cuanto objeto de análisis y estudio.<sup>22</sup> El primero de estos niega la posibilidad de acceder a los contextos. Todo texto, se dice, remite sólo a otros textos. En cada texto sólo resuenan los ecos de otros textos. Lo único que se puede hacer es dejar al descubierto esa en general no coherente intertextualidad. Con los contextos sucede lo mismo que con las expresiones orales; simplemente se desvanecen. Lo único que permanece es la materialidad física de la escritura. O también, como mucho, otros objetos y cosas susceptibles asimismo de lectura, de ser incorporados a dicha intertextualidad o, al menos, de ser interpretados y leídos como signos portadores de sentidos.

Ambos enfoques, el de la textualización de lo textual y el de la pantextualización, se dan la mano en su negación de los contextos como elementos recuperables o reconstruibles con la teoría e historia de las recepciones que, en sus posiciones más extremas, olvida los contextos iniciales que han dejado su huella en el texto -intenciones y motivos del autor, editores, etc., limitaciones, prescripciones, impulsos e influencias del entorno- y centra su atención en las diferentes recepciones y apropiaciones que los lectores han hecho de los textos. Una vez aceptada la idea de que los textos sólo cobran vida si son leídos -lo cual es innegable- la consecuencia extrema sería la muerte del autor y su sustitución, en cuanto objeto de análisis, por el lector y los contextos de lectura y, en las posiciones más moderadas, por tales aspectos y, además, las estrategias explícitas o implícitas que los autores han incorporado a los textos a fin de conducir a los lectores por unos u otros derroteros.

Tanto uno como otro enfoque han llamado la atención y han puesto en guardia a los historiadores sobre algunas cuestiones que en general se habían dejado a un lado. Ambos ofrecen aspectos utilizables y, en este sentido, su influencia puede ser

---

<sup>22</sup> La literatura sobre estas cuestiones desborda cualquier intento de reunir en una breve nota bibliográfica siquiera los textos más significativos. Baste decir, en este momento, que tras una época de enfrentamientos y posturas inconciliables que han dividido a los profesionales de la historia y crítica literarias, historia intelectual, historia cultural o historia sin más, se ha entrado, al parecer, en una fase de crítica y aprovechamiento de lo que de valioso tienen posiciones que, salvo en casos extremos, pueden y deben ser compatibles. Un buen ejemplo reciente de crítica y síntesis es el de M. P. THOMPSON, *Reception theory and the interpretation of historical meaning*, "History and Theory", 32-3 (1993) pp. 428-472.



considerada positiva. Ambos, sin embargo, olvidan esa diferente combinación de voces y letras propia de toda cultura escrita. No consideran, en definitiva, que la escritura nunca puede prescindir de la oralidad. Que lo consustancial y básico de lo seres humanos, en su plenitud y conciencia de tales, es lo oral -es decir, lo sensorial, lo corporal- no lo escrito. Incluso entre los letrados e intelectuales, aquellos cuya mente y conciencia parece, en principio, que debería estar más conformada por la cultura escrita.

Frente a la textualización de lo textual, que olvida esa combinación e interacción interpretativa entre lo oral y lo escrito, y frente a la pantextualización, que niega la diferencia entre ambos modos de expresión subsumiendo el primero en el segundo, hay que afirmar el peso y la presencia de lo oral en el contexto de producción del texto, en el del autor, en el autor mismo, en el texto -a modo de huella de lo real-, en quienes desde una u otra posición intervienen en su producción y acceso incorporando sentidos al mismo, y, cómo no, en los lectores y en los contextos de lectura -un aspecto, este último, desatendido por una concepción inmaterial de la historia de las recepciones-. Un peso y una presencia apreciables no sólo en aquellos textos que sitúan indefinidamente en el espacio y en el tiempo, canonizándola -o sea, fosilizándola-, una tradición oral determinada, sino también, aunque de otro modo, en aquellos no elaborados a partir de una tradición oral que interpretan. Los contextos no son sólo orales, pero en ellos siempre hay oralidad. Y no de un modo accesorio o circunstancial, sino sustancialmente conformador en relación con el texto. No hay sociedades o culturas exclusivamente textuales, aunque en algunos casos, como sucedía con el latín cuando dejó de ser una lengua hablada y devino una lengua fundamentalmente escrita, lo textual tenga más importancia que en otros.

La atención o énfasis exclusivos en lo textual constituye, pues, un error. No hay pensamiento libre de contexto flotando en estado puro, en abstracto. En este sentido, todo texto es, a la vez, texto y contexto; en sí mismo y en los residuos y huellas, en las impregnaciones e incorporaciones contextuales que lleva consigo, y en las que incorpora en cada lectura. Toda la cuestión estriba en saber verlas, en descubrirlas. Esta interacción interpretativa entre lo oral y lo textual,<sup>23</sup> donde la combinación de ambos hace inviable su comprensión autónoma y desligada, implica la necesidad de su interpretación interactiva. Si en el proceso de producción oral y textual se entretajan, fundiéndose, elementos de uno u otro tipo, no es menos cierto que también en el proceso interpretativo concurren, influyéndose entre sí, ambos aspectos. Detrás de toda producción -que es inevitablemente interpretación- e interpretación -que es inevitablemente producción a ser interpretada en su recepción-, hay seres humanos que sienten y hablan, que dicen cosas -y no sólo oralmente-, que captan la realidad y que la expresan, que interactúan socialmente entre sí, que piensan

---

<sup>23</sup> El uso del término "interacción interpretativa" para referirse a esa especial relación entre lo oral y lo escrito en contextos de uso específicos, está tomado de Walter J. ONG, *Text as interpretation: Mark and after*, "Semeia", 39 (1987) pp. 7-26.

y que generan imágenes mentales, que hacen y oyen comentarios, que escriben pero que también conversan y que, en definitiva, viven insertos en la trascendencia de lo cotidiano. Incluso, en el caso de los intelectuales o investigadores, ese contexto oral y vivo está en ocasiones institucionalizado en forma de entrevistas, debates, actividades docentes, conferencias, mesas redondas y otras situaciones expresamente configuradas para poner orden en lo que se piensa y exponer oralmente lo pensado sometándose de una u otra manera a la confrontación y respuesta de los demás. Tales ordenación, confrontación y respuesta condicionan, a su vez, la producción de pensamiento y su textualización. Si la escritura reestructura el pensamiento,<sup>24</sup> también contribuye a ello la expresión oral -basta la experiencia personal para confirmarlo-. De ahí la necesidad, en ese continuo combinado de oralidad y escritura, de reconstruir el contexto oral-aural de las "comunidades textuales" y de las "comunidades interpretativas" para entender las interpretaciones y los textos que su actividad generan.<sup>25</sup> Como ha expresado Walter J. Ong, la oralidad presente en un contexto "puede afectar profundamente tanto a la composición de textos como a su interpretación". Y viceversa, añado, lo escrito puede influir tanto en la producción oral como en su recepción. Y ello es así porque no son sólo "canales" diferentes que transportan "unidades de información", sino "mundos noéticos diferentes y psicodinámicas diferentes",<sup>26</sup> es decir, estrategias distintas de conformación mental, mentalidades diferentes pero entrecruzadas.

### **Cultura escrita, mentalidad letrada y organización social.**

En un artículo publicado en 1987 en la revista **Interchange**, Ivan Illich distinguía entre la difusión de un alfabetismo "clerical", que identificaba con la simple capacidad de leer y escribir, y un alfabetismo "laico", la "serie omnipresente de supuestos que se dan como hechos establecidos por parte de los lectores y no lectores de una sociedad letrada".<sup>27</sup> La difusión, en una sociedad dada, de esta mentalidad letrada corre pareja, en el contexto del proceso de transición desde la oralidad "mixta" a la oralidad "segunda", con el progresivo desplazamiento de lo oral por lo escrito en

<sup>24</sup> Walter J. ONG, *Writing is a technologie that restructures thought*, en Gerd BAUMANN (ed.), *The Written Word. Literacy in Transition*, Clarendon Press, Oxford 1986, pp. 23-50.

<sup>25</sup> Por "comunidad textual" entiendo, con Brian Stock y Walter J. Ong, "un grupo de personas, no todas necesariamente alfabetizadas, cuyas actividades sociales están centradas en torno a textos o, más precisamente, a un intérprete alfabetizado de ellos" (Brian STOCK, *Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1983, p. 522, y Walter J. ONG, *Text as interpretation...*, *op. cit.*, p. 20). El término comunidad "interpretativa" procede, como es sabido, de Stanley FISH (*Is There a Text in this Class? The Authority of Interpretative Communities*, Cambridge, Mss., Harvard University Press, 1980). En este caso el grupo de personas está menos organizado o centrado en torno a unos textos específicos que unido por una herencia hermenéutica aplicable a cualquier texto o a un conjunto de textos determinados.

<sup>26</sup> Walter J. ONG, *Text as interpretation...*, *ob.*, *cit.*, p. 21.

<sup>27</sup> Ivan ILLICH, *Un alegato en favor de la investigación sobre el alfabetismo laico*, "Revista de Educación", 288 (1989) pp. 45-61 (originalmente publicado en "Interchange", vol. 18, 1-2, 1987).

el seno y en el funcionamiento de las distintas organizaciones sociales. Examinar este desplazamiento o sustitución en una sociedad determinada significa, en último término, analizar el proceso de difusión y configuración, en dicha sociedad, de aquellos supuestos, rasgos y efectos que caracterizan a la cultura escrita.

¿Cuáles han sido los efectos de la alfabetización en la organización social? ¿Cómo ha ido penetrando en ella esa mentalidad letrada? En **La lógica de la escritura y la organización de la sociedad**, Jack Goody ha mostrado algunas de las diferencias generales entre las sociedades con escritura y sin ella, así como algunos de los rasgos más característicos de la transición desde las primeras a las segundas, y las consecuencias de lo que ha llamado la "razón gráfica".<sup>28</sup> Su análisis muestra tales diferencias, cambios y consecuencias en el campo de la religión -religiones con o sin textos escritos-, la economía -desde la palabra o el gesto ritual a la constancia escrita de las transacciones y entregas, es decir, a los contratos e inventarios-, el derecho -desde la costumbre a la ley escrita y desde la jurisprudencia casuística y oral a la jurisprudencia escrita e interpretativa que aplica la norma al caso-, y el Estado -la génesis de la oficina y el archivo-.

En esta ocasión sólo trataré, y no con detalle, esta última cuestión, la de las relaciones entre el Estado y lo escrito, así como, a modo de apuntes o notas para futuras investigaciones, un aspecto no analizado por Goody: los rasgos y consecuencias del desplazamiento de los procedimientos orales por los escritos en el seno de las instituciones y sistemas educativos.

La escritura aparece, desde su invención, ligada al poder. Crea poder y lo acrecienta. Su difusión y empleo van unidos, además, al aumento de la complejidad organizativa de ese poder, a su expansión y necesidades de información y control. Un ejemplo ilustrará esta relación.

El sistema tradicional de efectuar el censo en la Roma republicana exigía la presencia física, en el campo de Marte, de todos los ciudadanos varones emancipados, la manifestación oral, por cada uno de ellos, de las características personales demandadas -de la suyas y de las de quienes de él dependían-, y, por último, su anotación escrita. Este procedimiento de base oral se prolongaba a lo largo de unos dieciocho meses.

Tras la llamada "guerra social" (91-89 a.C.) los pueblos aliados recibieron la ciudadanía romana. El número de ciudadanos pasó de 463.000 en el censo de 86-85 a.C. a 910.000 en 79-60 a.C.. El sistema tradicional devino inviable. La "Tabla Heraclea" fue la respuesta al incremento de la complejidad organizativa derivada de un territorio más extenso y de un mayor número de personas a censar. Las operaciones del censo se descentralizaron. Se llevaban a cabo "in situ" en los sesenta días posteriores a su orden de realización. Con el nuevo sistema los modelos cumplimentados se remitían a Roma y una copia de ellos quedaba en los archivos

---

<sup>28</sup> Jack GOODY, *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Alianza, Madrid 1990 (1ª edición en inglés de 1986).

provinciales. De este modo, la circulación de los documentos desplazaba a la circulación de las personas. Incluso, con el tiempo, las grandes ciudades fueron divididas, a tales efectos, en barrios y la comparecencia personal de los censados fue sustituida por la presencia física, casa por casa, de agentes específicamente encargados de cumplimentar los documentos del censo.

Como ha indicado Claude Nicolet, de quien procede la noticia anterior,<sup>29</sup> una de las transformaciones ligadas, en la Roma antigua, al paso desde la república al imperio, desde la ciudad al Estado, fue el proceso de centralización administrativa o concentración en la capital del imperio, y en las de cada una de sus provincias, de la información y decisiones políticas o de gobierno. Junto a este proceso, como parte del mismo, tendrían lugar el recurso creciente al documento escrito y el incremento y perfeccionamiento de las técnicas de obtención, circulación y conservación de lo escrito. La extensión de las necesidades de información a nuevos ámbitos y territorios trajo consigo el aumento de la circulación de la información, de las redes de comunicación, de los archivos, del número de sus agentes territoriales y, en último término, del poder de la burocracia estatal y del Estado. Tales documentos y archivos -lugares de la memoria del poder, y del olvido- devenían así símbolo y representación de dicho poder. De la mirada única y uniforme del poder sobre un espacio dominado, por conocido y registrado en sus características, población y riquezas. De ahí la necesidad política de una cartografía -mapas-, comunicaciones -carreteras, correo- y empadronamientos, recuentos, censos, estadísticas y series contables -presupuestos, finanzas- y administrativas. De incrementar y mejorar, en definitiva, la memoria de la administración, o sea, del poder.

El papel desempeñado por la escritura en la formación de los Estados modernos ha sido destacado repetidas veces. También en relación con los imperios y las monarquías absolutas.<sup>30</sup> Dicho papel no se redujo, como en el caso descrito, a la satisfacción de las necesidades derivadas de la mayor complejidad organizativa. Fue más amplio y diverso. La difusión de lo escrito se vio por ejemplo también favorecida por su utilización como medio de propaganda y divulgación de las ideas, hechos e interpretaciones de los mismos favorables al poder real, contrarrestando así la influencia en la opinión pública de quienes recurrían a la escritura con intenciones opuestas. Un aspecto más de esta propaganda -unida a la creciente estima de los monarcas y nobles por las letras o por la adulación impresa- fue el ejercicio del mecenazgo sobre los escritores y hombre de letras que, agradecidos, les recompensaban con sus alabanzas o ponían la pluma a su servicio. Por otra parte, la necesidad de

---

<sup>29</sup> Claude NICOLET, *Centralisation d'État et problème du recensement dans le monde gréco-romain*, en *Culture et idéologie dans la genèse de l'État moderne*, École française de Rome, Rome 1985, pp. 9-24.

<sup>30</sup> Véanse, por ejemplo, en relación con Inglaterra, Michael CLANCHY, *Literacy, law, and the power of the State*, en *Culture et idéologie ...*, *op. cit.*, pp. 25-34, y, en relación con España, Fernando J. BOUZA ÁLVAREZ, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*, Síntesis, Madrid 1992, en especial pp. 71-107.

dejar constancia escrita de los derechos del Estado -o sea, del monarca- frente a los particulares, a otros Estados y al poder religioso, con fines probatorios ante la justicia o los mismos poderes públicos, fue otro rasgo más -también apreciable entre los nobles, comerciantes y particulares- de ese proceso general de progresiva escriturización y normalización de la legislación estatal y de los procedimientos judiciales, en especial de los probatorios.

Es este último aspecto, el del poder de lo escrito como instrumento probatorio, el que explica, de un modo más radical, la alianza entre el poder y la escritura. Dicha alianza pone al descubierto, además, la naturaleza básica de esta última. Una naturaleza que se percibe claramente al comparar una fotografía y un texto. ¿Qué es, en efecto, una fotografía? En un principio, cuando surgió esta invención en el siglo XIX, se entendió que la fotografía, a diferencia de la pintura, era un espejo que reflejaba la realidad. Por fin parecía que los seres humanos disponían de un mecanismo para reproducir la realidad, conservarla y recuperarla visualmente, tal cual fue, tras su desaparición. Bastaba con accionar un determinado dispositivo mecánico. Pronto se vio que eso no era así. Que la fotografía no era un reflejo de la realidad, sino una interpretación de ella. Que lo que ofrecía era una nueva realidad que transformaba la realidad fotografiada. Análisis posteriores han mostrado otra peculiaridad más de la fotografía: su carácter de huella fosilizada de un espacio y un tiempo determinados.<sup>31</sup> Una de las particularidades de esta huella fosilizada -aparte las relativas al lenguaje fotográfico: enfoque, luz, técnica de realización, etc.- es la de dejar fuera de campo lo no recogido en ella. Como tal huella la fotografía remite a e indica la existencia de un contexto de producción y de una realidad fotografiada -el referente-. Pero también deja fuera lo no recogido. Silencia lo ausente hasta tal punto que deja de existir. Si en una fotografía de un grupo de personas reunidas por cualquier motivo una de ellas se ausenta en el momento en que la fotografía es tomada -o, simplemente, se queda en una esquina fuera del campo visual de la cámara-, no hay huella, es decir, constancia fotográfica de su presencia. En el futuro, cuando la fotografía sea testimonio, es decir, memoria, esa persona que se ausentó o quedó fuera del campo visual no podrá recurrir a ella para demostrar que estuvo allí. Es más, abrirá la puerta a la posibilidad de que su presencia sea duda o negada.

Este es justamente el poder de lo escrito. Si algo no es recogido, por ejemplo, en una lista o relación que dé cuenta de lo existente o realizado en un lugar y momento dados, siempre quedará la duda de si tal objeto o persona estaban allí o de si tal hecho aconteció. Por el contrario, si en dichas lista o relato se incluyó, por error o por cualquier otra causa, un objeto, nombre o hecho determinados, el juez o historiador que accedan a dicho testimonio escrito darán por supuesto, en principio, que dichos objeto, nombre o hecho se hallaban entre los relacionados o entre aquellos

---

<sup>31</sup> En relación con esta característica de la fotografía, así como con el resto de las referencias a la misma, véase Philippe DUBOIS, *El acto fotográfico. De la representación a la recepción*, Paidós, Barcelona 1986 (1ª edición en francés de 1983).

de los que se dio cuenta por escrito.<sup>32</sup> Lo textual no es un espejo de lo real; como la fotografía, lo interpreta y transforma. Pero siempre remite a e indica la existencia de un contexto de producción y de una realidad puesta por escrito -el referente-. Tanto uno como otra dejan sus huellas en lo escrito. No hay manera de prescindir en un texto del peso, de la presencia, de una realidad de la que lo textual también forma parte. Tampoco de los silencios y ausencias; de lo que queda fuera. Incluso en el supuesto de un análisis lingüístico meramente formal del mismo. La razón es obvia: el lenguaje es una convención, algo producido y utilizado por seres humanos en situaciones de interacción. Y lo escrito es sólo una de las modalidades del lenguaje. Una modalidad que ejerce su imperio frente a otras por su capacidad para fosilizar en el espacio y en el tiempo, en forma de huella, como la fotografía, la realidad a la que siempre remite.

Queda por tratar el proceso de sustitución de los procedimientos orales por los escritos en la enseñanza y el aprendizaje. Lo curioso en este caso, como ha observado Walter J. Ong, es que la emergencia "de la moderna educación textual" ha sido en general una cuestión ignorada por los historiadores de la educación quienes, caso de referirse a ella, lo hacen de un modo periférico, sin advertir las profundas consecuencias que implica.<sup>33</sup>

El predominio de los procedimientos orales en la educación medieval es bien conocido. La "lectio", los debates, las tesis y disputas, las "quaestiones" o el recurso al "sic et non", como medios de enseñanza, expresión y pensamiento pertenecían al mundo oral, aún cuando tuvieran como referencia o motivo algún texto o textos. Incluso la escritura de dichos textos no corría a cargo, en ocasiones, del autor, sino de un amanuense o escribiente al que dictaba. La enseñanza tenía lugar en contextos predominantemente orales bajo los cuales subyacía la idea de que la búsqueda de la verdad exigía la implicación en un debate cara a cara entre dos o más seres humanos - en este caso hombres-. Este énfasis en los procedimientos dialécticos y retóricos orales fue siendo progresivamente desplazado, en especial tras la difusión de la imprenta, por la generalización de los libros de texto y textos impresos en los que se podía buscar el saber y la información necesarias sin recurrir a nadie, la introducción de los

---

<sup>32</sup> Cuando explico a mis alumnos esta peculiaridad de la escritura recorro a un ejemplo práctico. Les entrego un folio en blanco y les pido que escriban en él su nombre. Una vez confeccionada la lista, ya al final de la clase, recojo el folio y les hago ver que si alguno olvidó poner su nombre nunca jamás estuvo aquel día en la clase y, a la inversa, si alguien escribió el nombre de un compañero o compañera el o la ausente constarán como si efectivamente hubieran asistido. Ese es el poder de la escritura como huella.

<sup>33</sup> Walter J. ONG, *La lucha por la vida. Contestación, sexualidad y conciencia*, Aguilar, Madrid 1982, pp. 113, 119 y 128 (1ª edición en inglés de 1981). El capítulo 4º de este libro, de donde proceden las referencias (pp. 111-141), constituye una versión de su anterior trabajo *Agonistic structures in Academia. Past to present, "Interchange"*, 5-4 (1974) pp. 1-12. En este texto Ong plantea la provocadora tesis de la existencia de una relación entre el fin de las estructuras agonísticas orales en el mundo académico y la entrada de las mujeres en el mismo, así como de una alianza, en declive, entre la masculinidad y el viejo mundo de la oralidad académica.

exámenes escritos -una cuestión a rastrear y seguir a lo largo de los diferentes niveles educativos y, dentro de la universidad, en cada una de sus facultades-, la configuración del curriculum en forma de cursos anuales con sus programas y libros de texto correspondientes,<sup>34</sup> y la progresiva desaparición -también a rastrear y seguir en cada nivel educativo y tipo de establecimientos- de los exámenes y demostraciones públicas orales.<sup>35</sup>

En relación con la universidad española, por ejemplo, Mariano Peset y José Luis Peset han señalado como la aparición de la imprenta supuso el fin de la exposición y dictado de las materias por los docentes y su sustitución por la explicación fluida y las preguntas en clase. Ello parece negar, en principio, la evolución antes señalada desde lo oral a lo escrito. Interpretar tales hechos de ese modo no sería correcto. Lo que importa es lo que sucede en el contexto global en el que se producen y, en especial, el relativo a los exámenes. En ambos casos, como estos mismos autores indican en su estudio previo al plan de reforma universitaria de Mayans de 1767, las dos formas típicas de enseñanza de la "universidad tradicional" eran "la lección y las disputas académicas". Los medios formales de "control del aprendizaje" se reducían a "los exámenes de grado". Los exámenes anuales "aparecen esporádicamente" a finales del siglo XVIII -en la Universidad de Valencia, por ejemplo, en 1786- y "no se generalizan hasta el siglo XIX". Los alumnos preparaban tales exámenes entrenándose en los debates y disputas que tenían lugar en las academias o en otras instituciones y actividades universitarias. Las disputas, son sus palabras, servían

"para alcanzar grados académicos, para opositar a cátedras o reunir méritos hacia ellas y, en general, para aprender a defender -con firmeza y sutileza- las verdades fundamentales. Son un método escolástico de enseñanza que la Universidad conservará hasta principios del siglo XIX".<sup>36</sup>

Se escribe para ser leído. Pero ¿para ser leído en voz alta o silenciosamente? Traslademos esta cuestión al ámbito de la enseñanza. ¿Cuándo empezó a dejarse de poner el énfasis en la lectura en voz alta para ponerlo en la silenciosa o mental en cada uno de los distintos niveles educativos? ¿Por qué, por ejemplo, todavía a principios del siglo XIX un manual de retórica y poética como el de Gómez Hermosilla -libro de cabecera de buena parte de escritores, políticos y oradores de

---

<sup>34</sup> Véase David HAMILTON, *Orígenes de los términos 'clase' y 'curriculum'*, "Revista de Educación", 295 (1991) pp. 187-205 (este texto corresponde al capítulo 2º, pp. 35-55, de su libro *Towards a Theory of Schooling*, Falmer Press, Londres 1989).

<sup>35</sup> Sobre la desaparición de los exámenes o demostraciones orales públicas en la enseñanza primaria en España, remito a lo dicho en *Innovación pedagógica y racionalidad científica. La escuela graduada pública en España (1898-1936)*, Akal, Madrid 1990, pp. 117-130.

<sup>36</sup> Mariano PESET y José Luis PESET, *Gregorio Mayans y la reforma universitaria*, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, Valencia 1975, pp. 68-71.

dicho siglo- remitía en su título al mundo oral?<sup>37</sup> ¿Por qué en las retóricas y poéticas del siglo XIX y primer tercio del XX era aún usual incluir algún capítulo sobre el arte de la declamación, la oratoria y la lectura en voz alta? La traducción y recepción en España de las artes de leer de Legouvé en 1878,<sup>38</sup> sólo un año después de aparecer en Francia, y Faguet,<sup>39</sup> testimonia un interés por la "bella lectura" o lectura en voz alta como arquetipo o forma más elevada de leer, que confirman las abundantes teorías o artes de la lectura publicadas en España durante las décadas finales del siglo XIX y primeras del XX.<sup>40</sup> ¿Cuándo la lectura en voz alta pasó de ser el ideal de la lectura a estado inicial y transitorio del aprendizaje escolar, un paso a superar para llegar a la silenciosa o mental, la propia del estudio? ¿Cómo pasó de arquetipo a signo identificativo del aprendiz de lector? ¿Por qué fue también en los años finales del siglo XIX y primeros del XX, cuando la disciplina de "Retórica y poética" fue sustituida, en la enseñanza media en España, por la de "Preceptiva literaria"? ¿Qué implicaba dicho cambio de denominación? He ahí todo un muestrario de temas a investigar. Un muestrario que, junto con otros similares, permitirá profundizar y esclarecer algunas de las cuestiones básicas de la educación en su perspectiva histórica y en su evolución más reciente.

### **Escritura y lectura: funciones, usos y prácticas.**

Parece haber un acuerdo básico en que el objetivo básico de una historia de la cultura escrita -o de una historia social de la escritura- sería el análisis de las funciones, usos y prácticas relacionadas con lo escrito, es decir, de los actos de lectura y escritura. La distinción y el matiz son importantes. Como ha indicado Armando Petrucci, en los últimos años ha tenido lugar un cambio en la perspectiva historiográfica. Se ha pasado

"desde una visión estática a una visión dinámica de la historia cultural, dentro de la cual no existe ya la historia de la escritura, sino una historia del escribir, mejor aún de los actos de escritura; no existe ya una historia de la imprenta -o del libro impreso-, sino una historia de la producción y difusión de los testimonios impresos de cualquier naturaleza; no existe ya una historia de la lectura, sino una historia de los modos y prácticas de leer; no existe ya...una historia de la literatura, sino una

---

<sup>37</sup> José GÓMEZ HERMOSILLA, *Arte de hablar en prosa y en verso*, Madrid, Imprenta Real, 1826, 2 vols. Fue reeditado al menos en 15 ocasiones durante el siglo XIX -incluyendo las corregidas y aumentadas por Vicente Salvá-.

<sup>38</sup> Ernesto LEGOUVÉ, *El arte de la lectura*, Madrid, Imprenta de El Imparcial, 1878.

<sup>39</sup> Emilio FAGUET, *El arte de leer*, Editorial Española-Americana, Madrid, s.f.

<sup>40</sup> Miguel VALLÉS Y REBULLIDA, *Lectura y escritura teóricas*, Teruel 1883, Vicente REGÚLEZ Y BRAVO, *Teoría de la lectura*, Madrid, Imprenta de la Viuda de J.M. Pérez, 1884, Rufino BLANCO Y SÁNCHEZ, *Arte de la lectura*, Madrid 1894, cuya 5ª edición aparecería en 1915, y Godofredo ESCRIBANO HERNÁNDEZ, *Teoría y mecanismo de la lectura*, Madrid, Imprenta de La Enseñanza, 1916.



historia de las prácticas literarias".<sup>41</sup>

Un programa mínimo de dicho análisis, en relación con una sociedad determinada, abarcaría el quién y el cómo se escribe y se lee, en qué contextos, con qué medios y con qué fines, así como los significados y representaciones sociales de tales actos y contextos. Su realización exige la caracterización de las distintas modalidades o prácticas de lectura y escritura. Por lo que respecta a la escritura, en este texto sólo trataré, y no con detalle, de las modalidades relativas a los soportes, utillajes y técnicas de ejecución, los contextos de uso -y dentro de ellos, de un modo especial, las llamadas escrituras ordinarias y los usos escolares-. En cuanto a la lectura, me limitaré a indicar algunos de los rasgos básicos de su evolución como práctica social y cultural en el mundo occidental. El objetivo de esta exposición no será, en todo caso, el análisis específico de las cuestiones tratadas, sino, como se ha hecho en los epígrafes anteriores, mostrar su importancia para la historia de la cultura escrita, así como aquellos enfoques que considero ofrecen un mayor potencial analítico.

A) Una tipología histórica de las **técnicas de ejecución, utillaje y soportes de la escritura** excede de su mera recopilación y consiguiente consideración de su evolución material. El paso desde un soporte a otro -tablilla, papiro, pergamino, papel, pizarra, disco de ordenador, pantalla...-, desde unos útiles a otros -punzón, pluma de ave, plumín metálico, pluma fuente, tintas, papel secante, borra tintas, bolígrafo...-, desde una técnica de ejecución a otra -incisión, escritura a mano sobre pergamino o papel, imprenta, máquina de escribir, video escritura...-, o el uso de una u otra forma o disposición gráfica, no pueden reducirse a meros cambios técnicos sin más. Afectan tanto al quién y cómo se escribe y se lee, como a los contextos, medios y fines para los que se escribe y se lee, es decir, a las funciones, usos y prácticas sociales relacionadas con lo escrito.<sup>42</sup>

La historia de la escritura, como tecnología y como práctica, guarda una estrecha relación con la de la lectura. Si han existido y existen diversas modalidades de lectura es, en parte, porque han existido y existen diversas modalidades de escritura. En sí misma, como lenguaje y en cuanto a sus formas gráficas, disposiciones en el espacio -configuraciones textuales- y técnicas de ejecución. La aparición del

---

<sup>41</sup> Armando PETRUCCI, *Pratiche di scrittura e pratiche di lettura nell'Europa moderna. Presentazione*, "Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa", Serie III, vol. XXIII-2 (1993) pp. 375-384 (cita en p. 382). Este volumen recoge los trabajos presentados al coloquio que tuvo lugar en Erice (Sicilia) en septiembre de 1989, sobre "Writing and Reading. Models and Applications in Modern Europe (16th-18th Centuries)".

<sup>42</sup> Armando PETRUCCI, *Scrivere e no. Politiche della scrittura e analfabetismo nel mondo d'oggi*, Editore Riuniti, Roma 1987, pp. 167-212, donde puede verse una excelente síntesis sobre las distintas tecnologías de la escritura en su perspectiva histórica y actual.

alfabeto facilitó un aprendizaje más rápido de la lectura y una lectura más fluida.<sup>43</sup> Frente a la escrituras silábicas, con sus textos sin interrupciones, signos de puntuación y vocales, la escritura alfabética abrió la posibilidad de terminar con el control de los escribas y sacerdotes sobre la escritura y de pasar de una alfabetización gremial a otra al principio restringida y después de vocación generalizada. La separación entre las palabras, el uso de signos de puntuación y de la escritura cursiva, la confección de índices alfabéticos, la división del texto en capítulos, la inserción de títulos y rúbricas y la sustitución del pergamino por el papel fueron extendiéndose durante la Edad Media, en especial a partir del siglo XIII.<sup>44</sup> La invención en el siglo XV de la imprenta, con su producción normalizada y en serie, reforzó las innovaciones anteriores y facilitó, asimismo, un nuevo tipo de relación entre el texto y el lector. Una relación no establecida a través del oído sino de la vista en la que el texto, en cuanto objeto, ubicaba para siempre el saber en un espacio determinado. Cuando Hugo de San Victor escribió, a principios del siglo XII, su *Didascalicon. De studio legendi*, estaba cerrando un capítulo de la historia de la lectura, el de la "lectio" monástica, y estaba abriendo otro, el de la "lectio" escolástica.<sup>45</sup> La imprenta no vino sino a reforzar, transformándola, esta noción del texto como algo visible y no audible. Inauguró, además la cultura tipográfica y contribuyó a generalizar la alfabetización y la lectura. Pero una lectura también determinada: unos modos de leer desplazaron, como modelo o referencia, a los anteriormente predominantes y después devaluados o restringidos, con el tiempo, a unos pocos ámbitos formalizados. Se aprende a leer en voz alta para, de inmediato, ser compelidos a abandonar esta práctica por considerarla propia de quienes leen con torpeza. Leer, para quienes pertenecemos a la galaxia Gutenberg, es leer en soledad y silencio.

A su vez, esta era, la del predominio de la cultura tipográfica, está terminando. Como terminaron la del predominio del escriba, del copista o de la caligrafía. El nuevo canon de la escritura lo establece la publicidad, una escritura sin canon, más para ser vista que para ser leída. La cultura televisiva, hoy dominante como tecnología de la comunicación, impone un tipo de discurso fragmentado y discontinuo, la sobreinformación trivial y descontextualizada, la novedad, el impacto y el choque, la fugacidad comprimida y el ritmo inasible; un discurso cuyos orígenes se hallan en la fotografía y el telégrafo.<sup>46</sup> Su recepción, además, no requiere aprendizaje o esfuerzo

<sup>43</sup> Eric A. HAVELOCK, *Origins of Western Literacy*, op. cit., pp. 45-50.

<sup>44</sup> P. SAENGER, *Silent reading: its impact on late medieval script and society*, "Viator", 13 (1982) pp. 367-414, y Armando PETRUCCI, *Lire au Moyen Âge*, "Mélanges de l'École française de Rome", 96-2 (1984) pp. 603-616.

<sup>45</sup> Ivan ILLICH, *Du lisible au visible: La naissance du texte. Un commentaire du Didascalicon de Hugues de Saint-Victor*, Les Éditions du Cerf, Paris 1991.

<sup>46</sup> Antonio VIÑAO, *Cultura tipográfica y cultura televisiva. Lecturas intensivas y extensivas*, en *I Congreso Nacional del Libro Infantil y Juvenil. Memoria*, Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil, Madrid 1994, pp. 123-145, y *A propósito del neoalfabetismo. Observaciones sobre las prácticas y usos de lo escrito en la España contemporánea*, en Armando PETRUCCI y Francisco GIMENO BLAY (eds.), *Escribir y leer en Occidente*, Departamento de Historia de la Antigüedad y de

alguno. Todos estos rasgos se oponen a los de la cultura tipográfico-libresca. Esta última subsistirá, por supuesto. Incluso puede que se editen más libros que nunca. Que la producción impresa supere lo imaginable. Pero ya no constituirá, su mundo, el modelo de referencia socialmente más valorado. Una nueva mentalidad y un nuevo soporte han nacido. Un soporte que facilita nuevos modos de lectura y escritura. La video escritura o escritura electrónica permite entremezclar las figuras del autor, lector, impresor y editor. Convierte todo texto en una obra abierta, fácilmente modificable por su autor o por otros, si es que se accede a ella desde alguna red o conexión. Ha generado textos sólo visualizables en pantalla -teletextos, hipertextos-. Por otra parte, una de las funciones básicas de la escritura, la de servir de medio de almacenamiento y recuperación del saber, como archivo de la memoria, ha sido cubierta en ciertos casos con ventaja por las nuevas tecnologías de documentación y archivo. Un pequeño disco puede hoy almacenar 300.000 páginas -unos 800 kilos de papel- y recuperar lo almacenado a través de la pantalla del ordenador. Un nuevo tipo de libro está ahí: el libro electrónico que permite al lector varias posibilidades y caminos. Un libro con mando a distancia, que combina textos, imágenes y sonidos. Un nuevo objeto textual que sólo puede ser leído en una pantalla, que establece otro tipo de relaciones entre los textos y entre el lector y el texto: el libro electrónico-televisivo.

B) En cuanto tecnología de la palabra y signo gráfico, la **escritura** desempeña unas funciones de índole instrumental -transmisión de significados, almacenamiento y recuperación del saber- e icónica -dimensión espacial de lo escrito-.<sup>47</sup> Dichas funciones, y cualesquiera otras que puedan añadirse, varían según los contextos en que la escritura es producida y utilizada y los usos que de ella se hacen. Una tipología, no excluyente entre sí, de las modalidades de **contextos, usos y funciones**, recogería, al menos, los siguientes:

a) El **profesional**, propio del escriba, el copista, el escribano, el secretario o el escribiente. Su presencia histórica ha estado ligada, en general, a una escasa difusión de la habilidad de escribir -por dificultades más o menos artificiales, por la técnica utilizada, por la exclusión o restricción social, o por un aprendizaje lento y costoso-, así como a su control por un gremio o grupo social determinado. En este contexto y usos habría que distinguir, en todo caso, entre aquellos saberes que confieren un cierto prestigio social -escribas, escribanos- y aquellos otros que son el resultado de su devaluación y asignación a grupos de no elevado prestigio social -mecanógrafos-.

---

la Cultura Escrita, Universitat de València, València 1995, pp. 183-211.

<sup>47</sup> Sobre esta última, véase Elisa RUIZ, *Hacia una semiología de la escritura*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid 1992, pp. 196-217 y 234-238, entre otras.

b) El **administrativo** en sus diversas formas, desde la orden o privilegio reales hasta lo que se ha dado en llamar "literatura gris" -formularios, impresos, instancias, certificaciones, instrucciones laborales, etc.-. Éste es, sin duda, uno de los ámbitos donde lo escrito e impreso han encontrado el suelo más fértil para su expansión, a veces incontrolada, y donde más suele ponerse el acento cuando se habla, hoy en día, de analfabetismo funcional. Un aspecto a destacar asimismo, en este contexto, sería el del desplazamiento de unas técnicas y formas de escritura por otras, por ejemplo de la escritura a mano por la realizada con la máquina de escribir y de esta última por la escritura electrónica.

En España, por ejemplo, tuvo que ser una Real Orden de 12 de febrero de 1900 la que admitiera la presentación en las oficinas públicas de instancias y otros documentos mecanografiados, y otra del Ministerio de la Guerra, de 24 de junio de 1903, la que autorizara, además, el uso de la máquina de escribir para efectuar toda clase de certificaciones y notificaciones. En ambos casos se decía que la legalidad del documento no dependía ya de su texto sino de la firma del funcionario o del administrado. En el segundo caso, el del Ministerio de la Guerra, se exigía, no obstante, que los expedientes originales a archivar y las órdenes principales fueran manuscritas.<sup>48</sup>

c) El **caligráfico-estético** en sus diversas modalidades y concepciones -anglosajona, chino-japonesa, árabe-, otrora enfrentado, en Occidente, a los procesos de normalización y simplificación del trazo necesarios para la generalización del aprendizaje y uso de la escritura, y hoy entremezclado con el uso comercial y publicitario.

d) El **iniciático, esotérico o cabalístico**, propio de las escrituras secretas destinadas a restringir a un reducido número de personas el acceso a la información almacenada.

e) El **literario** y el **académico-científico** tan ligados a la figura del escritor-autor, con sus propias y cambiantes normas de producción escrita y hoy tan profundamente afectados, como otros contextos y usos, por las nuevas tecnologías de la información, escritura, impresión y edición.<sup>49</sup>

<sup>48</sup> Enrique MARTÍN Y GUIX, *Vademecum del oficinista*, Bailly-Baillière e hijos, Madrid, 5ª edición, 1910, p. 141.

<sup>49</sup> Véanse, por ejemplo, los trabajos de Adam HODGKIN, *New technologies in printing and publishing: the present of the written word*, en Gerd BAUMANN (ed.), *The Written Word. Literacy in Transition*, op. cit., pp. 151-169, Antonio CALVANI, *Del libro stampato al libro multimediale*, La Nuova Italia, Firenze 1990, y Nuria AMAT, *El libro mudo. Las aventuras del escritor entre la pluma y el ordenador*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid 1993. En cuanto a la génesis y construcción de la figura del autor, véanse las esclarecedoras páginas que Roger CHARTIER dedica al tema en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Alianza, Madrid 1993, pp. 58-89.

f) El **ritual**, constatativo de un acto o realidad -matrimonio, defunción, nacimiento, convenio, etc.- del que el texto escrito es a la vez elemento constitutivo y probatorio en un contexto en general formalizado en su disposición gráfica y expresión.

g) La **escritura delegada** o escritura por o en nombre de otro<sup>50</sup> en sus diversas modalidades desde la contratación ocasional o permanente de escribas o secretarios, hasta la firma por quien no sabe o no puede firmar o el ejercicio más o menos habitual de la mediación por sacerdotes, maestros, etc., a quienes solían acudir los analfabetos o semianalfabetos cuando precisaban escribir alguna carta u otro tipo de textos.<sup>51</sup>

h) La **escritura marginal** y, en su caso extremo, ilegal o penalizada, que contraviene las normas, límites y pautas legal o socialmente establecidas para los actos de escritura y lectura.

Dichos límites pueden ser, por ejemplo, de índole personal -hay quien está habilitado y quien no para producir o leer determinados textos, de quien se espera y de quien no que lo haga, quienes están excluidos por unas y otras razones, etc.-, o escolar -pautas escolarmente impuestas en relación con los modelos gráficos, normas ortográficas y gramaticales, usos correctos e incorrectos-, y referirse a los temas o asuntos sobre los que se escribe o se lee, a los espacios -lugares y contextos o soportes-, a la extensión de lo escrito o a la misma relación entre contextos, usos, personas, temas, soportes y funciones.<sup>52</sup>

i) El mundo de las **publicaciones periódicas** -diarios y revistas- a medio camino entre lo oral y lo escrito, con sus modos específicos de producción escrita y lectura.<sup>53</sup>

j) La **escritura móvil y efímera**, video escritura o escritura en pantalla de

<sup>50</sup> Armando PETRUCCI, *Scrivere per gli altri*, "Scrittura e Civiltà", 13 (1989) pp. 475-487.

<sup>51</sup> En un conocido poema -*¡Quién supiera escribir!*-, escenificado a principios del siglo en tarjetas postales, Ramón de Campoamor narra las tribulaciones de una joven que acude al cura del pueblo para escribir una carta a su novio. Su lectura muestra, en este caso, el poder constrictivo del cura, en cuanto mediador, en relación con el contenido de la epístola.

<sup>52</sup> Para un amplio desarrollo de la cuestión de los límites a los actos de escritura, con abundantes ejemplos, véase Armando PETRUCCI, *Scrivere e no....*, *op. cit.*, pp. 213-263.

<sup>53</sup> La literatura sobre el particular es ya inabarcable. Un texto clásico sería el de Edmund CARPENTER, *Los nuevos lenguajes*, en Edmund CARPENTER y Marshall MCLUHAN, *El aula sin muros. Investigaciones sobre los medios de comunicación*, Ediciones de Cultura Popular, Barcelona 1968, pp. 213-234, en especial pp. 214-216 (1ª edición en inglés de 1960). En cuanto a los lectores y modos de leer la prensa en la España del siglo XIX y principios del XX, remito a lo dicho en *A propósito del neoanalfabetismo. Observaciones sobre las prácticas y usos de lo escrito en la España contemporánea*, *op. cit.*

televisión, cine u ordenador, dentro de la cual podríamos también incluir, por la fugacidad con que es vista o leída, la publicitaria o comercial.

Una reflexión cada vez más necesaria: ¿dónde situar, frente a esta y otras modalidades, lo escrito informatizadamente almacenado y accesible a través de una red de usuarios conectados por medio de ordenadores ubicados en sus hogares o centros de trabajo? Su visualización temporalmente controlada, pero siempre efímera en pantalla, contrasta con su "inscripción" permanente en un soporte informático y su accesibilidad por los usuarios de una red determinada. ¿Dónde situar, igualmente, la escritura transferida por cable de uno a otro ordenador, de una a otra pantalla, entre usuarios asimismo conectados?

k) La ciudad es el espacio gráfico por excelencia. La escritura nació en el medio urbano y es en el medio urbano donde pueden hallarse las mayores densidades de escritura por metro cuadrado. Esta **escritura urbana**, expresión por lo usual del poder político, religioso o económico, ofrece a su vez varias modalidades:

- La escritura monumental, epigráfica, conmemorativa o expuesta<sup>54</sup>.
- La comercial o publicitaria, una escritura más para ser vista que para ser leída, más visible que legible y sin un canon gráfico determinado.<sup>55</sup>
- La instrumental: nombres de las calles y plazas, numeración de los edificios, escritos indicadores del tráfico, direcciones a seguir o lugares, etc.<sup>56</sup>
- La de índole privada, casi siempre marginal, como las pintadas o "graffiti".<sup>57</sup>

l) Las **escrituras ordinarias** han sido, por lo general, una de las modalidades de lo escrito que los historiadores de la escritura y de la cultura han dejado a un lado.

El mismo concepto necesita ser clarificado. En la "introducción" de un libro reciente dedicado al análisis de este tipo de escrituras, Daniel Fabre, las define como aquellas netamente opuestas a los escritos prestigiosos realizados con voluntad de hacer una "obra" autenticada por la forma o el nombre del autor y destinada, si es

<sup>54</sup> Uno de los estudios más completos sobre este tipo de escritura es, sin duda, el de Armando PETRUCCI, *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Einaudi, Torino 1986.

<sup>55</sup> Armando PETRUCCI, *Scrivere e no....*, op. cit., pp. 191-205.

<sup>56</sup> En relación con las ciudades francesas del siglo XVIII véase Daniel ROCHE, *Les pratiques de l'écrit dans les villes françaises du XVIIIe siècle*, en Roger CHARTIER (dir.), *Pratiques de la lecture*, Payot & Rivages, 1993, pp. 201-229, en especial pp. 218-223, y, en relación con la Italia del siglo XVIII, Daniele MARCHESINI, *Il bisogno di scrivere. Usi della scrittura nell'Italia moderna*, Laterza, Roma 1992, pp. 76-93.

<sup>57</sup> *Los muros tienen la palabra. Materiales para una historia de los graffiti* fue el título del II Seminario Internacional de Estudios sobre la Cultura Escrita, organizado por el Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura Escrita de la Universidad de Valencia y celebrado del 6 al 10 de noviembre de 1994.

posible, a ser impresa. Tales escrituras se caracterizan, en su opinión, por un no sacralizado ni escrupuloso ejercicio del "buen uso" o "uso correcto" de esta habilidad. Asociadas a momentos colectivos o personales intensos, a la rutina de las ocupaciones cotidianas o a demostraciones de competencia escrita, suelen ser de naturaleza banal y diversa. Dirigidas, como única finalidad común, a dejar huella, son, además, un objeto evanescente, sin contornos precisos. Producto de prácticas difusas y variadas, irreducibles a un conjunto de indicadores, estas escrituras no son incluidas en las encuestas sobre prácticas culturales. Su análisis requiere otros modos de aproximación de índole etnográfica, un enfoque centrado en espacios sociales restringidos y prácticas bien definidas, así como en la consideración de tales actos de escritura y de lo escrito como nudos de relaciones engendradas por ellos mismos y configurados en un espacio y un tiempo determinados.<sup>58</sup>

Una caracterización tan amplia le lleva a incluir en dicho término los escritos rituales y la escritura escolar y académica, junto a, por ejemplo, las listas, los libros de cuenta y razón, los de índole personal con anotaciones y copias, la correspondencia epistolar y los diarios. Dicha amplitud sería, en todo caso, un resultado históricamente cambiante. Así, si la escritura escolar puede ser calificada de ordinaria en las sociedades de escolarización generalizada, tal calificación tendría que ser corregida en las de escolarización restringida.

Estas escrituras ordinarias están hoy en el punto de mira de antropólogos, lingüistas, pedagogos e historiadores, entre otros. En algún caso, como el de las listas, dicho interés procede de las peculiaridades históricas y cognitivas ligadas a unos usos determinados.<sup>59</sup> En otros, de la misma heterogeneidad del género que permite, a su vez, otras tipologías y análisis más detallados.<sup>60</sup> En el campo de la pedagogía, tal interés tiene su origen en la convicción, cada vez más extendida, de que sólo una incursión fuera del campo escolar clarificaría la especificidad de los usos de lo escrito y sus relaciones con los usos escolares. En otras palabras, por el hallazgo, por lo demás banal, de que para entender lo que sucede en la escuela -en este caso en relación con la escritura- es preciso saber lo que sucede en otros ámbitos sociales, cuales son las prácticas y representaciones sociales de lo escrito que se producen fuera

---

<sup>58</sup> Daniel FABRE, *Introduction*, en Daniel FABRE (ed.), *Écritures ordinaires*, Centre Georges Pompidou, Bibliothèque publique d'information, Paris 1993, pp. 11-30.

<sup>59</sup> Las listas fueron el primer y único uso que los seres humanos hicieron de la escritura durante siglos. Constituyen la matriz de los demás modos de escritura. Sobre las habilidades cognitivas que desarrollan y sus relaciones con la dimensión espacial de la escritura, véase Jack GOODY, *La domesticación del pensamiento salvaje*, op. cit., pp. 65-145.

<sup>60</sup> La correspondencia epistolar es un buen ejemplo. Abarca desde la carta oficial, burocrática, hasta las cartas privadas más o menos formalizadas, las tarjetas postales, telegramas, cartas literarias, simples notas o avisos, etc. En relación con esta modalidad gráfica y textual véanse Roger CHARTIER (dir.), *La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle*, Fayard, Paris 1991, y Pedro SALINAS, *El defensor*, Alianza, Madrid 1967, pp. 17-113 (1ª edición de 1948), que contiene su *Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar*.

de ella.<sup>61</sup> El interés por las escrituras ordinarias procede, en último término, de la atención que se viene prestando en las ciencias sociales y humanas a lo cotidiano y a las representaciones y significados de las prácticas sociales en contextos específicos y, de un modo especial, a las prácticas culturales y a aquellas relacionadas con la comunicación y el lenguaje.<sup>62</sup>

1) Quedan, por último, los **usos y contextos escolares**.

En este campo los historiadores de la educación -a diferencia de los de la escritura- han dirigido su atención más hacia los aprendizajes de la lectura y de la escritura, en especial a los debates metodológicos, que a las prácticas y usos de lo escrito en el medio escolar y académico. Esta tendencia empieza a ser corregida. Quizás porque la misma noción de aprendizaje se ha modificado ampliándose desde la adquisición de unas competencias elementales hasta otras más complejas, tales como la lectura expresiva o "bella lectura", la comprensiva o comentada, la literaria y la académica, o, por ejemplo, el dictado ortográficamente correcto, la composición escrita o los diversos usos cotidianos de la escritura.<sup>63</sup>

Las prácticas y usos escolares de lo escrito suelen revestir un carácter dirigido, ordenado e incluso constrictivo. La escuela -entendiendo este término en un sentido amplio- tiene una doble finalidad difícilmente conciliable: es el lugar donde se interiorizan los límites de la escritura, los usos correctos e incorrectos, y donde, a la vez, hay que hacer lectores -no leedores- y escritores -no escribientes ni copistas-. La amplitud y grandeza del objetivo coexiste, en general, con unos usos restrictivos y repetitivos. Tomar notas, copiar y transcribir o parafrasear en un examen de lo memorizado constituyen las actividades de escritura más usuales en el medio escolar. La reciente generalización de los exámenes masificados de corrección y calificación informatizada reduce incluso dicha actividad a la mera indicación con un mismo y simple signo gráfico -una cruz, raya o círculo- de la respuesta correcta.

El análisis histórico de tales prácticas debe atender a los procesos de fonetización y normalización ortográfica; una exigencia, esta última, inicialmente formulada por los impresores, que ha llegado a constituir uno de los aspectos más

<sup>61</sup> Esta sería una de las conclusiones a las que llegan Christine BARRÉ-MINIAC, Françoise CROS y Jacqueline RUIZ en *Les collegiens et l'écriture*, Institut Nationale de Recherche Pédagogique, Paris 1993. Nada tiene por ello de extraño que le mismo Institut Nationale de Recherche Pédagogique haya dado cobijo a un proyecto de investigación interdisciplinar sobre *Las prácticas de aculturación en lo escrito* que tiene por objetivo la constitución de un grupo de trabajo centrado sobre la comprensión de los procesos de transmisión de actitudes y comportamientos en relación con lo escrito (lectura y escritura).

<sup>62</sup> Un buen ejemplo sería la investigación en curso, dirigida por Tania DAUSTER, María Lutgarda MATA y Pedro B. GARCÍA, desde el Departamento de Educación de la Universidad Pontificia de Rio de Janeiro, sobre *Cotidiano, práticas sociais e valores nos setores populares urbanos. A difusão diferencial da escrita e da leitura e o significado da imagem entre os jovens*.

<sup>63</sup> Antonio VIÑAO, *Del alfabeto a la imagen. Notas históricas*, "Cuadernos de Pedagogía", 216 (1993) pp. 12-14 (monográfico sobre *Leer y escribir*).



característicos y propios de la cultura escolar y académica -la a veces feroz y psicoanalizable pasión por la corrección ortográfica-. También a los de normalización y simplificación del trazo; es decir, al paso de la letra caligráfica o propia de un gremio profesional a otras pautas de aprendizaje y usos más breves y sencillos propios de una sociedad de alfabetización vocacionalmente generalizada.<sup>64</sup> La reconstrucción de los currícula escolásticos, conocimientos y competencias gráficas y textuales adquiridas en el medio escolar o fuera de él, no puede hacerse sólo a partir de los manuales o tratados sobre el arte de la escritura o algunos de sus usos -por ejemplo, los relativos al uso epistolar como los *ars dictaminis* y "secretarios", tan abundantes a partir del siglo XVI y popularizados en el XIX-. Como ha indicado Armando Petrucci, dicha reconstrucción precisa recurrir al análisis paleográfico de los testimonios manuscritos que han sobrevivido.<sup>65</sup> Las similitudes y diferencias en el tipo de letra, disposición espacial de lo escrito, fórmulas utilizadas, etc., permiten conocer los modelos y métodos utilizados en el aprendizaje e influencias, así como efectuar una tipología de los usos gráficos y textuales en función del género y del grupo social de pertenencia.

Una última observación parece pertinente. Los análisis históricos de la lectura y de la escritura han ido a menudo disociados. El acento se ha puesto sobre una o sobre otra. Pocas veces se ha atendido de un modo conjunto a ambas. Esto puede asimismo afirmarse, y con más fuerza quizás, de la historia de las prácticas y usos escolares de la lectura y de la escritura. El énfasis puesto en la historia de sus aprendizajes elementales, unos aprendizajes que, como es sabido, han tenido lugar de modo separado y sucesivo hasta el siglo XIX, puede explicar esa disociación. Sin embargo, la lectura y la escritura se dan la mano; sobre todo cuando se trata de analizar las prácticas y usos escolares de lo escrito tras estos primeros aprendizajes elementales. Cuando empleo esta expresión -darse la mano- quiero decir que una remite a la otra y que el análisis de cada una requiere el de sus recíprocas, complejas y cambiantes relaciones.<sup>66</sup> Precisamente por ello es por lo que una historia de las mismas es necesaria y posible.

B) Algo ha sido ya dicho en relación con la **historia de la lectura como práctica social y cultural**. En este punto sólo efectuaré algunas precisiones generales.

La historia de la lectura ha evolucionado profundamente en los últimos años. Antes se preocupaba, sobre todo, por saber quiénes leían y qué leían; por conocer los

<sup>64</sup> Antonio VIÑAO, *Alfabetización, lectura y escritura en el Antiguo Régimen (siglos XVI-XVIII)*, en Agustín ESCOLANO (coord.), *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización, op. cit.*, pp. 45-68 (referencia en pp. 55-56).

<sup>65</sup> Armando PETRUCCI, *Introduzione alle pratiche di scrittura*, "Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa", serie III, vol. XXIII-2 (1993) pp. 549-562 (referencia en p. 557).

<sup>66</sup> Edward P.J. CORBETT, *An historical overview of the relations between reading and writing*, en Richard L. ENOS (ed.), *Oral and Written Communication. Historical Approaches*, Sage Publications, Newbury Park 1990, pp. 32-45.

lectores alfabetizados, la producción escrita y la distribución y acceso a la misma. Dicha historia sigue siendo necesaria, pero es insuficiente. En primer lugar, la distinción alfabetizados/no alfabetizados no contemplaba las situaciones intermedias de quienes sólo sabían leer unos tipos de escritura y no otros, quienes podían leer o descifrar textos memorizados o conocidos por vía oral o escrita, y quienes tenían acceso a lo escrito a través de la lectura en voz alta efectuada por otros. Dicha distinción ignoraba, además, uno de los rasgos principales del proceso de alfabetización que tuvo lugar en Occidente durante los siglos XVIII y XIX: el tránsito no desde el analfabetismo a la alfabetización, sino desde la semialfabetización a la alfabetización. Un cambio cualitativo que supuso el paso desde una alfabetización basada sólo, o fundamentalmente, en la lectura a otra que unía en el tiempo el aprendizaje de la lectura y el de la escritura, y desde una lectura limitada al desciframiento o reconocimiento de unos pocos textos de tipografía y contenido familiares a otra más fluida o, como en el argot escolar se decía, de corrido.

Si determinar los lectores potenciales no es una tarea tan fácil como en principio parece, menos lo es la determinación de los lectores reales -el segundo objetivo de esa historia tradicional de la lectura-. Para ello los historiadores han recurrido a fuentes indirectas. La producción escrita, el volumen de textos en circulación, su distribución y comercio, la posesión de libros y el acceso a la cultura escrita en sus diversas formas se han considerado buenos indicadores del nivel de alfabetización y de la difusión de la lectura. Y evidentemente lo son. Lo que sucede es que nos dicen muy poco sobre la actividad de leer, sobre la lectura como práctica social y cultural. Y ésta es hoy una historia necesaria.

Suele considerarse a la lectura como un más o menos simple descifrado visual o reconocimiento de un código escrito, seguido de un eventual cifrado fónico y de una relativa comprensión de lo leído. Esta es una consideración superficial del acto lector. La lectura es, desde luego, una actividad perceptiva, pero no implica sólo a la mente sino al cuerpo del que la mente forma parte y a la conciencia del lector como tal. En esta actividad interviene, por supuesto, la vista -aunque no siempre del mismo modo- pero también lo hacen la voz, la respiración, la lengua y los labios, las manos y el cuerpo en su disposición, movimientos y postura. Se lee, además, en diferentes contextos. Esta diversidad de implicaciones corporales y contextos determinan, a su vez, diferentes relaciones entre el texto y el lector y, en definitiva, diferentes formas de apropiación del primero por el segundo.<sup>67</sup> Y esto es leer: una relación entre un texto y un lector que le da vida y lo recrea, apropiándose de él. La historia de la lectura, así entendida, sería la historia de una práctica cultural, de cómo los lectores se relacionan con los textos. Los modos y maneras de leer, las diferentes implicaciones corporales, contextos y usos de la lectura, reflejan un tipo u otro de relación, y los textos, vistos ahora como objetos con una determinada escritura, tipografía y

---

<sup>67</sup> Georges PEREC, *Pensar y clasificar*, Gedisa, Barcelona 1986, pp. 80-93 (*Leer: bosquejo sociofisiológico*, originalmente publicado, como texto independiente, en "Esprit", 453 (1976) pp. 9-20).

disposición, nos revelan el tipo de relación que el autor o el editor buscaban establecer entre el texto y el lector.<sup>68</sup>

Esta historia debe recurrir a nuevas fuentes -iconográficas, autobiográficas, literarias- para tratar de reconstruir las continuidades y los cambios en las prácticas lectoras. Debe, asimismo, considerar los textos como objetos materiales portadores de sentidos. Pero, sobre todo, debe hacer del lector el centro de su atención. Del lector que da vida al texto. Como ha dicho Jorge Luis Borges,

"La literatura no es agotable, por la suficiente y simple razón de que un solo libro no lo es. El libro no es un ente incomunicado: es una relación, es un eje de innumerables relaciones. Una literatura difiere de otra, ulterior o anterior, menos por el texto que por la manera de ser leída".<sup>69</sup>

Es esta manera de relacionarse con el texto, de ser lector, la que a la historia de la lectura le interesa.

Una primera aproximación nos indica que esta relación texto-lector viene determinada, al menos en parte, por los motivos por los que el lector se acerca al texto -o por los que se lo acercan o se lo imponen-. Dichos motivos son diversos: profesionales, escolares -por lo general lecturas obligadas y dirigidas-, simple información, formación personal, puro placer, entretenimiento, necesidades cotidianas, utilidad ocasional e inmediata, etc. Pero incluso este aspecto puede ser dejado, como observación general, a un lado. Lo que a la historia de la lectura le interesa, como a cualquier otra historia, es establecer las tendencias y la evolución, los cambios y las persistencias, de estas prácticas y usos. Y es aquí donde se ha mantenido, en ocasiones como hipótesis, que dichas tendencias básicas serían la escolarización de su aprendizaje y el progresivo desplazamiento de la lectura en voz alta por la silenciosa o mental, de las lecturas públicas por las efectuadas en soledad y de las intensivas por las extensivas o superficiales. Confirmadas o planteadas estas tendencias como hipótesis, lo que la historia de la lectura muestra -como la de la escritura- es la variabilidad y evolución desde unas modalidades y prácticas a otras. Enseña, además, que ninguna modalidad es definitiva. Que unas se apoyan y refuerzan y otras se oponen. Que hay desplazamientos y sustituciones, pero también continuidades. Que formas antiguas y nuevas conviven, pero que unas predominan sobre otras -de un

---

<sup>68</sup> Roger CHARTIER, *Las prácticas de lo escrito*, en Philippe ARIÈS y Georges DUBY (eds.), *Historia de la vida privada*, Taurus, Madrid 1987, pp. 113-162 (1ª edición en francés de 1985), *Lectures et lecteurs dans la France de l'Ancien Régime*, Éditions du Seuil, Paris 1987, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona 1992, pp. 107-120, entre otras, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Alianza, Madrid 1993, y *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XVI y XVIII*, Gedisa, Barcelona 1994, Roger CHARTIER (ed.), *Pratiques de la lecture, op. cit.*, y Robert DARTON, *Historia de la lectura*, en Peter BURKE (ed.), *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid 1993, pp. 177-208 (1ª edición en inglés de 1991).

<sup>69</sup> Jorge Luis BORGES, *Otras inquisiciones*, en *Obras completas*, Emecé editores, Barcelona 1989, t. II, p. 125 (texto publicado en 1952).

modo general y en función de los contextos de uso-. Que, como antes se advirtió, nuevos modos de leer, nuevos tipos de relación con lo escrito están emergiendo. Que están ya entre nosotros. Pero que tampoco serán los definitivos. Como no lo fueron otros anteriores. Sólo, concluía Borges el párrafo antes citado, "si me fuera otorgado leer cualquier página actual -ésta, por ejemplo- como la leeran el año dos mil, yo sabría como será la literatura del año dos mil".<sup>70</sup> Contentémonos, por el momento, con saber como se leía en el pasado, como los lectores hacían suyos los textos. Quizás así entendamos mejor esos cambios recientes.

---

<sup>70</sup> *Ibidem.*